

La remodelación del Consejo de Ministros en España

Danilo TRELLES

105.780?

MADRID, 26 de junio. De nuevo ha comenzado a agitarse en España el problema de la remodelación del gabinete del gobierno. Aunque Felipe González pretenda justificar los cambios en el cuadro de una revolución natural, basada en una estrategia con vistas a las próximas elecciones, que evitaría centralizar los ataques a los ministros que, por su actuación, hayan sido más expuestos a la crítica, la verdad es que la razón verdadera de la remodelación obedece a los conflictos que han comenzado a proliferar entre los ministros de las diversas carteras, lo que a estas alturas pone en peligro la coherencia política del gobierno.

El centro de las discordias gira en torno a las funciones del ministro de Economía, Miguel Boyer, cuya línea de actuación choca frontalmente con la del ministro de Obras Públicas, Julián Campos, y la del ministro de Agricultura, Carlos Romero. El ministro de Industria, Carlos Solchaga, a su vez, litiga con el de Transporte y Turismo, Enrique Barón.

Como Felipe González apoya sin reservas la posición de Boyer, lo más lógico es que la remodelación empiece con los ministros que se enfrentan.

Por otra parte, Solchaga y el ministro de Trabajo, Joaquín Almunia, han sido contestados desde hace largo tiempo desde las filas de la Unión General de Trabajadores y es muy posible que el presidente aproveche la ocasión para tratar de reconciliarse con aquella central sindical, con quien las relaciones son críticas después de la aprobación de la ley de reforma de la seguridad social, desplazando a ambos del gabinete.

Los cambios ministeriales, cualesquiera que sean, no van a alterar las líneas políticas generales del gobierno, por el contrario se realizan solamente para re-

afirmarlas, aunque el centro de las discrepancias continúe siendo la sensible contradicción entre una política económica neoliberal de apoyo a los empresarios privados y a la banca y el constante acoso a las reivindicaciones sindicales y a la defensa de unos principios de justicia social que han presidido tradicionalmente la conducta de los socialistas.

El otro conflicto que ha venido creciendo desde hace largo tiempo en las filas socialistas y que ofrece abundantes connotaciones con el anterior, es el aparente divorcio que existe entre las autoridades del partido y el gobierno.

Es cierto que el gabinete que preside Felipe González no puede sentir limitada su actuación por la presencia permanente del partido en sus decisiones, pero desde que se inició el gobierno ha sido notoria la prescindencia de las autoridades y responsables de las principales áreas del partido hasta el punto que muchas veces los miembros del Comité Ejecutivo —exceptuando por supuesto los que pertenecen al Consejo de Ministros— toman conocimiento de decisiones importantes del gobierno a través de los comunicados en los medios de información.

Aludiendo a ese problema el diputado Pablo Castellano, líder de la izquierda socialista, afirmaba recientemente: "Hay quienes por su soberbia hacen permanente desprecio de la organización y no la consideran como conquista de un quehacer colectivo histórico y hacen caso omiso de sus cauces democráticos y estatutarios, y quienes, por su ostentosa debilidad ideológica, se convierten en fácil juguete del conjunto de aplaudidores que siempre surgen en el momento del éxito y de los que se dejan rodear para vivir una parafernalia de triunfalismo y mesianismo redentorista. Para ambos sobra la organización."

Sin duda Felipe González y los

miembros de su equipo creen que tienen un partido cohesionado detrás pese a que la dinámica de los hechos demuestren una y otra vez que no es así. El PSOE (Partido Socialista Obrero Español) que logró 10 millones de votos en las últimas elecciones, tenía apenas 100 afiliados, un año después del triunfo y una organización endeble que no nucleaba regularmente al 20 por ciento de su potencial. Es lógico pensar que en esa situación la creación de un espíritu de partido, con una cierta coherencia para considerar los grandes problemas nacionales, se hiciese difícil. Mucho más difícil que existiese una disciplina interna capaz de apoyar con firmeza ciertas decisiones. Se ha creado así un tipo de partido en que las posiciones vienen impuestas desde arriba y en el que toda perspectiva de rechazo lleva consigo la amenaza de represalia, de la pérdida de su acta, de su ostracismo político. En estas circunstancias es lógico que Castellano afirme otra vez: "No es bueno creerse, por mucho que se repitan, las propias mentiras, y la primera de ellas es la de que ya se tiene un partido cohesionado detrás. Es público y notorio que el PSOE existe y que resiste en algunas localidades mientras se tenga un poder que dar y repartir puestos y prebendas, y mientras se organiza y se dispone de un grupo de fieles o temerosos de posibles represalias. Se ha perdido voluntariamente la ocasión de, en estos últimos 10 años, hacer un partido cada día más coherente y fuerte, aunque los responsables de este desprecio orgánico hayan tenido la fortuna política de hacer lo único que a ellos les era necesario para sus fines: una eficaz organización electoral a fin de lograr la toma del poder del Estado".

La responsabilidad de esta situación debe buscarse en la confusión que se ha planteado desde el principio de las relaciones entre el partido y el gobierno y entre el hecho de que el secretario del partido, que acumula al mismo tiempo las funciones del jefe del gobierno, no haya definido cuando habla y actúa en nombre de una u otra cosa, aunque dado el carácter de sus decisiones todo induce a creer que lo hace siempre a título personal.

Sin duda él puede creer que cambiando algunas caras en el Consejo de Ministros todo está resuelto. Pero si los principios que inspiran su política y los procedimientos que se utilizan, siguen como hasta hoy, no habrá cambiado nada.

Terminemos acudiendo de nuevo a Castellano: "Si se quiere corregir toda esta irracionalidad, aún se está a tiempo. Si por el contrario, para los infalibles basta el carisma y con la propaganda de TVE (Televisión Española) que se siga por este camino de olvido y desprecio del colectivo, pero aguantando cada palo su vela y sin eludir responsabilidades ni cambiar cada día de discurso o de camisa, porque si de sabios es cambiar de opinión, de pícaros es cambiar según conviene de posición, al servicio de lo que exijan las propias y personales necesidades".